

Primera Parte

Durkheim y la Moral Convencional

Desde el punto de vista de las ciencias sociales, sin duda alguna, quien mejor a sabido retratar en todas sus implicaciones la moral convencional no ha sido otro que Emile Durkheim. En el contexto de una Tercera República joven, todavía con el amargo recuerdo de su derrota en la guerra franco-prusiana, Durkheim se verá seducido en sus años de formación por la corriente regeneracionista que imperaba en el espíritu de L'Ecole Normale Supérieure, y cuya principal ambición se centraba en restaurar el orgullo nacional herido desde una modernización científica e industrial del país, junto a la consolidación de las fuerzas burguesas progresistas que sostenían la República, y que se encontraban amenazadas internamente desde los dos extremos del frente conservador y del emergente frente socialista. Precisamente, la “cuestión social”, como problema estructural de las sociedades sometidas a una vertiginosa división del trabajo social, llegará a ocupar la primera posición entre las preocupaciones que asumirá Durkheim para con la naciente Sociología, que, finalmente, después de asentar el método científico para la misma, terminará por enfocar como un problema de constitución “moral” de las sociedades. Esta definición compromisaria de los “hechos sociales” como “hechos morales” —que en cierta manera abandonaba la asepsia axiológica de la ciencia como observadora de la realidad, para investirla con la prerrogativa de una “ingeniería de lo social” capaz de intervenir “técnicamente” sobre la realidad social para prevenir sus patologías—, podrá evidenciarse con mayor claridad en su última etapa intelectual desarrollada en la Sorbona, dónde ya se le habría reconocido como una de las más eminentes y leales cabezas intelectuales de la República. En esta etapa, Durkheim se olvidará por completo de la posibilidad de desarrollar una “moral orgánica” en las sociedades modernas —que en su vertiente política contractualista sólo puede desplegarse bajo el estandarte de un liberalismo ortodoxo, fuertemente criticado por Durkheim desde el comienzo de su andadura académica—, parar, apoyándose en los “mecanismos morales” descubiertos en sus estudios sobre las religiones primitivas, diseñar una “Moral Republicana” que pudiera articularse desde el nuevo ideal social del “individualismo humanista”, y desde el mecanismo disciplinante de grupos intermedios

asentados en la vida económica —como será su propuesta de reinstitucionalizar las corporaciones profesionales. Esta última solución —como más tarde ensayarán con bastante éxito algunos fascismos episódicos en la reciente historia europea del siglo XX— tendría por finalidad promover un “socialismo de Estado”, habilitado para “socializar” las funciones económicas, y que de esta forma, en su desbocado impulso hacia la diferenciación funcional, no generasen un estado anómico de malestar general —del cual el socialismo comunista no sería otra cosa que un síntoma—, que, como se estaba viviendo en la Francia contemporánea a Durkheim, con continuas huelgas y revueltas obreras, estaba amenazando con llevar a la quiebra la estabilidad de la unidad nacional.

Como no deseo extenderme demasiado en esta presentación preliminar, me sentiré satisfecho con advertir y prevenir nuevamente al lector sobre la “interpenetración” de la teoría de lo social que desarrolla Durkheim desde un enfoque convencional —con lo que ello supone para la sociología de convertirse en una fuerza “ideológica” afecta al republicanismo—, y el contexto social de una Francia convulsionada internamente en la búsqueda de su identidad histórica en pleno tránsito hacia la modernidad. A partir de esta íntima relación, que nunca debería perderse de vista para una correcta interpretación de su obra, se podrá evidenciar como Durkheim autolimita el desarrollo de la teoría sociológica a su utilidad para con la necesidad republicana de dotarse de una moralidad nacional, sesgo que le ocasionará una cierta miopía para vislumbrar otros fenómenos sociales de gran impacto en la estructuración de las sociedades modernas, que si serán observados y analizados por otros sociólogos contemporáneos suyos, como pueda ser el caso de Simmel y sus análisis de las sociedades de masas, o el de Weber y sus trabajos sobre las raíces protestantes del espíritu del capitalismo, la ética del trabajo y el individualismo mismo. No obstante, las reflexiones sobre estas limitaciones de la teoría durkheimiana y de la moral convencional misma para llegar a diseñar una base normativa viable para las sociedades modernas, se abordarán en el capítulo de conclusiones de esta primera parte, dando paso, por el momento, a la determinación de su proyecto sociológico y su relación con una moral de corte convencional.